

El Golfo

Viernes 9 de Febrero del 2007

El delito de ser mujer en Ciudad Juárez

<http://www.elgolfo.info/elgolfo/index/op/noticia/id/9943.html>

*** Actos racistas, xenofóbicos o una reedición de violencia contra las mujeres cuando se trata de disponer de la vida de los otros a placer.

*** “Uno se derrumba al pensar si esos actos son cometidos en nombre del placer o al reparo de las ofensas cometidas contra la virilidad masculina.

Las evidencias en los cuerpos de las mujeres muestran con detalle la violencia física y sexual padecida, el sufrimiento y dolor de ser secuestradas, humilladas, violadas, golpeadas, atadas, mutiladas, para luego ser asesinadas, arrojadas o enterradas. No obstante, siguen ausentes los culpables.

Así lo señala Martha Rebeca Herrera Bautista, investigadora de la Dirección de Antropología Física del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) en su trabajo El delito de ser mujer en Ciudad Juárez, a propósito de las asesinadas y desaparecidas, que aparece en la Revista de Estudios de Antropología Sexual que se presentó en la Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería.

La autora da seguimiento a los principales actores sociales en torno al problema del feminicidio en Ciudad Juárez, al considerar que “resaltan las omisiones y negligencias por parte de las autoridades en los asesinatos de 400 mujeres y más de 2 mil desaparecidas en poco más de 10 años.

Según la especialista, este hecho muestra reediciones de violencia contra las mujeres en un contexto de descomposición social, “donde poderes paralelos inscriben su control sobre la sociedad, la economía y la política.

“Uno se derrumba al pensar si esos actos son cometidos en nombre del placer -debido a una patología-, a la desinhibición que genera el alcohol o las drogas o al reparo de las ofensas cometidas contra la virilidad masculina”.

Todo ello –agrega-, en una sociedad cambiante que rompe su frágil identidad masculina cuando declina su rol de proveedor, a actos racistas o xenofóbicos o a una reedición de violencia contra las mujeres en tiempos de globalización cuando se trata de disponer de la vida de los otros a placer.

Herrera Bautista, entonces se pregunta: ¿qué empuja a estos hombres a realizar tales actos de barbarie? ¿Por qué, además de torturar, expropiar la identidad de las víctimas ante el secuestro, cautiverio y violación, las matan, las mutilan y las tiran, como meros objetos sexuales por demás desechables?

¿Qué placer puede haber en esos actos que simulan ser irracionales pero que tienen toda la racionalidad de atemorizar, disciplinar, imponer, dominar y controlar a las mujeres en su condición por demás subordinada?

¿Cómo entender la lucha del gobierno por el reconocimiento y respeto de los derechos humanos de niñas, jóvenes y mujeres, por la no discriminación, la igualdad de oportunidades, si de manera fehaciente y cotidiana se muestra todo lo contrario en sus acciones en torno a los asesinatos de Ciudad Juárez?

Algunos plantean que el culpable no es uno o dos asesinos seriales sino el crimen organizado, con sicarios ejecutores, autores intelectuales que forman un club selecto de empresarios nacionales y estadounidenses, juniors, políticos, clérigos y autoridades federales, estatales y

locales, que han conformando una cofradía del crimen donde se asegura el silencio y la impunidad.

Satisfacen sus placeres además de hacer negocio con las mujeres, que son concebidas como meras mercancías, algunas explotadas en las maquilas y otras usadas en trata de blancas, prostitución, turismo sexual, table dances, correos para la droga y animadoras en fiestas privadas.

Por ello, resalta que se trata de una industria sexual que exige cuerpos jóvenes, hermosos y deseables cada vez más infantiles, sobre todo en los actos de pedofilia, los encargos de secuestro para ser asesinadas en películas snuff o para traficar sus órganos, entre otros usos corporales.

Tal situación se agrava ante las políticas neoliberales de hambre, miseria y desempleo que aumenta la delincuencia y la inseguridad en todos los niveles, el valor de la vida se relativiza, sobre todo si se es mujer, pobre, obrera, joven e inmigrante: mujeres desechables que no tienen poder ni valor alguno en la sociedad, como ocurre en el caso de Ciudad Juárez.

En los casos de asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez –subraya-, saltan a la vista omisiones, negligencias y violaciones a los derechos humanos por parte del ministerio público, agentes, servidores públicos y autoridades correspondientes, “quienes no han atendido oportunamente las denuncias de mujeres desaparecidas ni iniciado las investigaciones correspondientes”.

Incluso levantan con dolo las evidencias de los cuerpos encontrados en las escenas de los crímenes, niegan los crímenes seriales, minimizan el número de éstos, fabrican pruebas para inculpar a “chivos expiatorios” o culpables bajo tortura y no dan seguimiento de los acusados hasta su sentencia, por mencionar sólo algunos actos.

Al revisar los argumentos y perfiles que proporcionan las autoridades sobre los perpetradores de los crímenes "resueltos", los móviles de los crímenes apuntan hacia los pasionales, familiares, por robo y por narcotráfico.

Pero en muchos casos se culpa a las mujeres de provocar su propia muerte, ya que retratan escenas donde el asesinato es producto de trifulcas con borrachos al salir de los "antros", la doble vida de las asesinadas, formas de vestir que "provocan" a los hombres, frecuentar lugares de diversión nocturna, caminar solas y en lugares oscuros a las altas horas de la noche, amén de los conflictos intrafamiliares y entre bandas criminales.

Con muchas reservas y ambivalencias reconocen que existe cierto patrón de crímenes seriales que tiene bien establecido el perfil de sus víctimas (jóvenes, de estatura media, complexión delgada, cabello lacio, largo y oscuro).

Sin embargo, “la ineptitud de las autoridades para encontrar a los asesinos de las mujeres no es más que mera pantalla”, sostiene la investigadora del INAH al denunciar que “algunos funcionarios están coludidos con los culpables, al grado de utilizar su conocimiento criminalístico y sobre las escenas del crimen para despistar, confundir u ocultar los indicios sobre los asesinatos”.

Ante estos hechos, se genera un ambiente de inseguridad que propicia más asesinatos en una emulación misógina; esas matanzas esporádicas se transforman en una verdadera obsesión criminal: individuos que acechan en la oscuridad y cometen asesinatos por el solo deseo de imitación; jóvenes "machos" creen que la violencia contra las mujeres es un deber.

Más terrible aún –dice Martha Rebeca Herrera-, cuando el acto reiterado de encontrar cuerpos inertes se convierte en lo habitual, se naturaliza y legitima esta violencia como parte de lo cotidiano y se pierde la capacidad de asombro. De ahí la importancia de denunciar, exigir y

buscar justicia para que termine esta impunidad y se acabe con la ola de secuestros y asesinatos.

Son mujeres que pagan un precio muy alto por "querer salir adelante", al decir de sus familiares; su insolencia radica en querer transformar su condición subordinada y realizarse como mujeres en otras esferas de la vida pública: trabajar, estudiar y/o divertirse es un pecado en esta sociedad, situación que las define como mujeres públicas o "prostitutas".

No obstante este afán por trabajar en muchos casos se debe, más que por decisión propia de las jóvenes, a la obligación, ya que se trata de mujeres que asumen la responsabilidad como jefas de familia ante el desempleo galopante de esposos, padres o hermanos, o ante su ausencia temporal o definitiva.

Llevan el estigma social de ser mujeres "solas" y, por tanto, débiles y/o fáciles de abordar, según el imaginario social dominante que aún reproduce un estereotipo en el que la mujer "respetada" debe tener dueño.